

## PRESENTACIÓN

*Sara Martínez Mares<sup>a</sup> y Juan Eduardo Santón Moreno<sup>b</sup>*

El número que presentamos está centrado en el pensamiento de Zygmunt Bauman, uno de los sociólogos que ha interpretado con mayor claridad el proceso de transformación de la modernidad a la posmodernidad en nuestra cultura. Sus reflexiones sobre lo que denominó “modernidad líquida” se han popularizado en todos los ámbitos de la sociedad como forma explicativa de los cambios sociales que se han producido y que, en gran medida, podríamos calificar como disruptivos respecto a épocas pasadas. En el umbral de la tercera década del siglo XXI los retos que plantea la “liquidez” son muy relevantes para el futuro de una sociedad globalizada e informacional. La globalización, en el sentido poliédrico del tiempo, tiene múltiples caras. La cara más referida es la económica; pero para Bauman el aspecto nuclear tiene que ver con sus consecuencias culturales. La homogenización cultural, a través de las tecnologías de la información y la comunicación, ha hecho de la “liquidez” el estándar de vida a nivel mundial. Es cierto que la transición de la solidez a la liquidez es diferente según el lugar donde nos situemos, pero no es menos cierto que el deterioro de los vínculos comunitarios, la individualización institucional y la incertidumbre en la vida laboral están generando una humanidad, como señala Bauman, *asediada*.

<sup>a</sup> Profesora de la Facultad de Filosofía de la Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir.

<sup>b</sup> Economista. Profesor del Departamento de Antropología, Teología y Moral de la Universidad Católica de Valencia San Vicente Mártir.



La tecnología informacional, aquella que se vertebra por internet, redes sociales, *big data*, etc., ha consolidado asimismo la liquidez de una sociedad en la que las limitaciones físicas del tiempo y el espacio están desapareciendo. Vivimos en un “mundo de prisas” donde todo ocurre rápido en nuestras vidas, las biografías humanas se convierten en un mundo de instantaneidad donde, como señala Bauman, los logros individuales no pueden solidificarse en bienes duraderos, porque lo que parece seguro y positivo, cambia en inseguro y negativo en un abrir y cerrar de ojos; en definitiva, es una vida precaria y vivida en condiciones de incertidumbre constante, tal y como nos explica el propio Bauman en su *Vida líquida*.

La liquidez ha traído consigo un cambio del sentido de la vida social, desde la perspectiva de una sociedad consumista, en dos aspectos. En primer lugar, se establece la “desechabilidad” como principio: la frugalidad en el consumo ha conllevado la necesaria reflexión sobre el mundo que dejaremos a las generaciones futuras, donde la sostenibilidad se ha convertido en un principio axial de la sociedad posmoderna. El segundo aspecto es la sustitución de la propiedad por el “acceso”: la liquidez no requiere propiedades porque suponen un lastre, requiere acceso a estas, disfrutar de ellas para ser sustituidas en un breve tiempo por otras nuevas. Para Bauman, este proceso, que se enmarca en los bienes tangibles, también está afectando a los vínculos entre las personas; la liquidez y las nuevas formas de relaciones humanas a través de las TIC hace que aquellas relaciones basadas en el sentido de interdependencia de una vida en común, los vínculos de proximidad que generan una cultura del cuidado y el papel de muchas instituciones como generadores de cohesión social hoy estén en “estado de crisis”, parafraseando el título de un reciente libro suyo.

Con este precedente, nuestro foco de estudio se sitúa en la transición de una sociedad del trabajo a otra basada en el consumo; de una ética del trabajo en una sociedad productora a una estética del consumo en una sociedad postindustrial. Para Bauman, la sociedad industrial tenía el trabajo como la “institución panóptica” que daba forma a todos los aspectos de la vida de las personas. El trabajo otorgaba el estatus social en la sociedad de la que se formaba parte y en gran medida era la fuente de una movilidad social ascendente donde muy pocos dudaban del progreso en términos de bienestar económico.



La sociedad industrial era una sociedad jerarquizada y disciplinada en la que todos los trabajadores tenían claro cuál era su papel en la cadena de valor del proceso y cuál era el marco ético que lo regulaba. La ética del trabajo, no exenta de crítica, era, en definitiva, el modelo ético de una modernidad sólida en el que el horizonte de la vida personal estaba correlacionado con la ocupación que se desarrollaba.

El trabajo así entendido “sufre” actualmente el proceso individualizador que caracteriza a la sociedad posmoderna: en una economía basada en la información y el conocimiento, el trabajador ha quedado desposeído de un marco social institucional, del que formaba parte, para convertirse en un trabajador solitario, aislado; su suerte o su desgracia dependen de él, su capacidad de generar una actividad que tenga valor de intercambio depende de su creatividad, de su capacidad de venderse comercialmente. En definitiva y como señalaba uno de los expertos en consultoría empresarial más relevante del siglo xx, Peter Drucker, nos encontramos ante una “empresarización del trabajo” porque el trabajador es su propia empresa. Las consecuencias de este proceso son la pérdida del sentido de lo comunitario y, quizá, la pérdida de la capacidad individual de crear comunidad, lo que el sociólogo británico Richard Sennett calificó como una “corrosión del carácter”, expresión con la que tituló un trabajo reciente.

Las investigaciones que forman parte de este número analizan los diferentes aspectos señalados desde un enfoque multidisciplinar, con una serie de cuestiones en mente. Ante la creciente individualización del trabajo, ¿es posible una ética que refuerce los vínculos humanos, capaz de reconstruir una comunidad que ofrezca un marco identitario? ¿Se puede compatibilizar nuestra sociedad de la abundancia con una sociedad globalizada, donde la pobreza relativa crece en todas las naciones? ¿Cuáles son las consecuencias éticas dentro de este nuevo paradigma antropológico del trabajo y consumo, descrito por Bauman? Para la visión clásica aristotélica, la *polis* y la amistad eran necesarias para la *eudaimonia*; pero ahora parecen elementos secundarios para la construcción de nuestras vidas: ¿qué consecuencias tiene esta visión que prescinde de los vínculos más elementales para la felicidad y la teoría ética?



Los artículos presentados comparten un anhelo: humanizar la modernidad líquida de la sociedad informacional. Recuperar el sentido de comunidad, como experiencia compartida en una sociedad tendente a la virtualidad de las relaciones, y reinventar el trabajo como experiencia comunitaria son aspectos relevantes para hacer de la comunidad líquida un periodo histórico, si cabe, un *poco más moral*.

